

Sociedad-mundo: elementos de reflexión sobre el desarrollo de un nuevo imaginario y el nacimiento de una cultura mundial¹

Este artículo es un intento para llenar, en parte, el vacío que han dejado los textos sobre la identidad. El autor pretende demostrar cómo una verdadera sociedad-mundo está desarrollándose a partir, principalmente, de un nuevo imaginario mundial y de la difusión de una cultura mundial, donde los procesos de hibridación se están dando por todas partes.

Esta sociedad-mundo en formación está ya dotada de cimientos identificables: un imaginario mundial que cada día se hace más presente; nuevos problemas y nuevas cuestiones con los cuales se debe componer un auditorio global, además de que transforman y afectan el imaginario colectivo. A los cuadros locales y nacionales (además de otros, como el religioso o familiar), un cuadro mundial se añade. Éste interpela principalmente al cuadro nacional. La cultura mundial, el otro gran asiento de esta sociedad-mundo en gestación, tiene una poderosa difusión con la cultura-industria. Desde los non-lieux, hasta los nuevos panoramas de nuestro tiempo, somos testigos de esta propagación.

♦ Centre de Recherches Politiques Raymond-Aron, École des Études en Sciences Sociales-Paris

En la historia de la Humanidad hay algunas fechas simbólicas que representan un entorno histórico esencial. Habitualmente, la Revolución francesa es considerada como el momento, *par excellence*, del nacimiento de la nación moderna. En nuestros días, se habla mucho de la transformación de la nación y de

sus nuevos desafíos con la mundialización y los flujos transnacionales. Existe una producción intelectual relativamente importante sobre los cambios institucionales. También hay investigaciones sobre los cambios a nivel identitario; se habla de multiculturalismo (Wievorka, 1996; Kymlica, 2000), de cosmopolitismo (Cordellier, 2000; Held, 1996, 1995) y de posmodernidad (Dieckoff, 2000; Featherston y Lash, 1999). Esas investigaciones sobre las nuevas formas de identidades son

1. Este texto ha contado con el apoyo financiero del CRSH-SSHRC (Conseil de Recherches en Sciences Humaines du Canada-Social Sciences and Humanities Research Council of Canada). El autor agradece a Jaime Preciado Coronado por su ayuda y sus comentarios.

interesantes y necesarias para aprehender la realidad en reestructuración. A pesar de todo, es sorprendente ver cómo la gran mayoría de los artículos y libros publicados sobre la cuestión de la identidad la relacionan siempre con el cuadro nacional. Se investigan los aspectos institucionales, en los niveles continentales y mundial; en cambio, al nivel de la identidad existe un vacío. Este artículo es un intento por llenar, en parte, este vacío. Quiero demostrar cómo una verdadera “sociedad-mundo” está desarrollándose a partir, principalmente, de un nuevo imaginario mundial y de la difusión de una cultura mundial.

No sostengo que ya exista una sociedad-mundo, no obstante las primicias que la anuncian ya están presentes. Sería bastante difícil establecer su realidad concreta, pero el lector me permitirá resaltar las grandes dimensiones y dinámicas que confirman este proceso de edificación. Dos grandes dimensiones vienen a apoyar la idea de una sociedad-mundo: la creación de un nuevo imaginario mundial y la difusión de una cultura mundial.

La emergencia de un nuevo imaginario

Existe una dimensión, subestimada en las ciencias sociales, innovadora y que transforma nuestra realidad contemporánea; es la creación de un nuevo imaginario. Es contemporáneo de la reestructuración de la modernidad política (Lessard, 2001). Está constituida por dos elementos: “las llamadas a la trascendencia” y un “tiempo mundial”.² Esos nuevos desafíos contemporáneos se plantean a escala mundial.

2. La expresión está tomada de Zaki Laïdi (coord.), *Le temps mondial*, Bruxelles, Éditions Complexe, 1997.

El paradigma de Anderson

Antes de explicar la creación de este nuevo imaginario, es importante recordar el modelo desarrollado por Benedict Anderson. La identidad nacional se ha desarrollado, nos dice Anderson, porque ella tiene sentido (*has making sens*; Anderson, 1983). ¿Cómo debemos entender ese “tener sentido”? Anderson toma el ejemplo de Hispanoamérica y explica el nacimiento de las naciones del Imperio español en el nuevo mundo. La creación de las diversas naciones en América Latina no puede ser comprendida, afirma Anderson, a partir de un análisis identitario. Tanto el idioma, como la religión, no eran elementos de diferenciación. Éste es entonces el enigma, ¿por qué fueron precisamente las comunidades criollas las que concibieron en época tan temprana la idea de su nacionalidad, mucho antes que la mayor parte de Europa? (Anderson, 1983: 81). Si no podemos explicar el nacimiento de las naciones hispanoamericanas a partir del análisis identitario, se necesita otra explicación. Es aquí donde aparece el rasgo distintivo de Anderson. Si hubo aparición de estas naciones, fue porque ello tenía sentido en el imaginario de sus habitantes. Las dos explicaciones, muchas veces retenidas (aparte del análisis de identidad), según las cuales el control cada vez más restrictivo de Madrid y la propagación de las ideas de la Ilustración, en la segunda parte del siglo XIX, explicarían la independencia, no son suficientes, sostiene Anderson. ¿Además, si hubieran sido las verdaderas razones, cómo podríamos explicar la presencia de 18 naciones hispanohablantes en lugar de una, puesto que tenían los mismos fundamentos culturales e históricos?

Benedict Anderson apoya lo esencial de su explicación en la prensa escrita. Del fin del siglo XVII al principio del siglo XIX, toda una multitud de periódicos aparecerán en los territorios del Imperio español, ¿esos periódicos van a promover

la independencia? No, nos dice Anderson (al menos no será la situación en un principio). Solamente van a informar a la población sobre los acontecimientos que se producen. Van a anunciar los fallecimientos y los matrimonios, la llegada y la salida de barcos, etcétera, nada de importancia decisiva. Se informaba de lo que ocurría en el resto del Imperio, pero cuando se encontraba en Caracas o en Quito, las informaciones que procedían de México, por ejemplo, revestían un carácter exterior a la realidad local. Lo mismo sucedía en Buenos Aires y Santiago, que estaban separados por los Andes, frontera geográfica importante, con relación a los medios tecnológicos de la época. “La misma vastedad del imperio hispanoamericano, la diversidad enorme de sus suelos y sus climas, y sobre todo, la dificultad inmensa de las comunicaciones en una época preindustrial, vendrían a dar a estas unidades un carácter autónomo” (Anderson, 1993: 84). Es de esta manera que se explica, según Anderson, el imaginario nacional; es porque tuvo sentido en el espíritu de los miembros de las comunidades respectivas, que este imaginario se desarrolló.

Las llamadas a la trascendencia

Debemos intentar ahora ver cómo una nueva comunidad imaginaria mundial puede tomar forma. Para poder “tener sentido”, esa nueva comunidad imaginaria se apoya sobre las llamadas a la trascendencia y sus visibilidades crecientes en la sociedad-mundo en formación. Dos autores, David Held y Yasemin Nuhoglu Soysal, me permitieron ilustrar el concepto de llamadas a la trascendencia. Held ve bien la nueva realidad que se dibuja. Es por esta razón que se predica lo que llama un modelo de “democracia cosmopolita”. Importa examinar por qué un régimen de este tipo es necesario, según el sociólogo estadounidense. La destrucción de la selva amazónica, las cartas de protección del medio

ambiente, la cuestión de la explotación de los niños, la amenaza de epidemias, como el sida, todas estas cuestiones y muchas otras vienen a definir de nuevo nuestro paisaje político contemporáneo. Pero los nuevos desafíos y las nuevas realidades parecen afirmarse en términos mundiales, antes que nacionales. Si, por ejemplo, el patrimonio natural de un país es la responsabilidad de un “Estado-nación”, se da cuenta que no puede regular su hábitat natural sin estar en concertación con el resto del planeta y mantenerlo bien, como los ecologistas y expertos no han cesado de martillarlos desde hace más de 30 años (Bruelle, 1996). A continuación, Held añadiría que las mismas observaciones prevalecen por las nuevas tecnologías, las cuestiones de los derechos de autores en Internet y la propagación de virus informáticos, por tomar algunos ejemplos. Las diversas legislaciones nacionales vienen a complicar esta nueva realidad virtual. Otro ejemplo, ¿tenemos el derecho de vender objetos que pertenecían a los nazis? En Francia, la ley lo ha prohibido, mientras que no ocurre lo mismo en Estados Unidos. ¿Pero si un internauta francés compra un objeto nazi en una web estadounidense (Yahoo!), es eso ilegal? Otra posibilidad: si el ciudadano francés compra el objeto nazi en las subastas dentro de Internet, pero en otro país, y lo lleva después a su país, en este caso Francia, ¿qué ocurre? Vemos, pues, cómo el nivel nacional está mal equipado para responder a esos nuevos desafíos que se sitúan en una escala mundial. Estas realidades constituyen las llamadas a la trascendencia del cuadro nacional.

Las comunidades nacionales deben asumir otra llamada a la trascendencia, en cuestión de la identidad nacional. Es sobre los derechos humanos. La Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano, fechada en 1789, fue puesta sobre la escena internacional realmente después de la Segunda Guerra mundial. La socióloga Yasemin Nuhoglu Soysal (1994) hace resaltar lo mejor de esta contradicción

actual. Ella demuestra cómo existe una contradicción difícil de resolver entre la idea de la ciudadanía nacional y la idea de los derechos humanos. Esta idea portadora de los derechos humanos está atribuida a todos los seres humanos, desde la adopción de la Carta Universal de los Derechos del Hombre en 1945. Ahora bien, esos derechos, atribuidos a la “familia humana”, para volver a tomar los términos de la Carta misma, vienen a minar la importancia de la ciudadanía nacional. Soysal sostiene que los cambios en el orden internacional transforman nuestra relación con la ciudadanía nacional. Más y más frecuentemente, el Estado firma cartas y convenciones internacionales, definiendo de manera siempre más elaborada, los derechos de sus ciudadanos. Si el Estado “nacional”, afirma Soysal, es el primer actor en la cuestión de los derechos humanos, los parámetros de definición de ellos se conciben en una escala que está, cada vez más, a escala mundial. Existe una paradoja entre la soberanía nacional y los derechos universales. Esta paradoja se “manifiesta como una expansión de la desterritorialización de los derechos, a pesar de la territorialización de su aplicación” (Soysal, 1994: 157). Podemos claramente ver cómo la idea de los derechos universales viene a debilitar la idea de ciudadanía nacional.

Añadiría dos observaciones. En primer lugar, esa difusión de los derechos del Hombre viene, no solamente a debilitar la idea de ciudadano de una nación en los regímenes democráticos pluralistas, sino que vuelve obsoleta la idea de ciudadanía nacional. Un individuo o un grupo se definen de manera positiva, pero también de manera negativa. Es decir que una nación se definirá siempre, en buena parte, por contraste con otras naciones. Esta definición de sí, por contraste con otras, es cada vez más difícil en los regímenes democráticos y pluralistas. Podríamos afirmar, sin problemas, que la ciudadanía canadiense se define a partir del apego a algunos valores. La tolerancia, los derechos huma-

nos y el respeto de las diferencias son algunos ejemplos. Este retrato corresponde bastante bien, me parece, a la realidad canadiense. Pero, ¿no es la misma realidad vivida por los británicos y los italianos? ¿Y qué decir de los portugueses y de los japoneses? No es que todos los valores ciudadanos sean exactamente los mismos entre los países, pero mientras el tiempo avanza es más difícil proceder a una distinción. Como sostiene Charles Taylor, la identidad nacional reposa tanto sobre la idea de que ella es la heredera de un pasado, y sobre la idea de provenir. Subrayar que cada nación reposa sobre una historia particular, que cada nación ha engendrado sus propias instituciones y sus propias maneras de “ver el mundo”, para sostener que la realidad nacional se perpetuará, no es suficiente. Somos testigos de la relativización de los relatos nacionales. También somos testigos de la reestructuración de las instituciones estatales a la hora de la mundialización. La semejanza, la similitud entre los proyectos nacionales viene aquí también a debilitar la idea de una identidad nacional. Los ciudadanos de una nación deben poder reconocerse formando parte de un grupo particular, para lo cual es necesario que puedan distinguirse de otros. Porque “hay quienes se sienten ligados a un proyecto común, con una cierta solidaridad concreta con algunas personas y no con otras” (Taylor, 1992: 60, traducción). En nuestros días la situación es muy diferente. Los horizontes políticos nacionales, con los derechos humanos y la democracia representativa, parecen más y más intercambiables, lo que constituye otro elemento de edulcoración de la realidad nacional en beneficio de un imaginario común al nivel mundial.

La segunda observación será a propósito de la importancia que ha tomado la Declaración Universal de los Derechos del Hombre en poco tiempo. No es raro ver individuos y/o grupos, en particular minorías, proclamar esta declaración, a fin de protegerse contra ciertas legislaciones nacionales,

que perciben como una traba a su dignidad en calidad de individuos o grupos. Éstos se identifican rápidamente con, diremos, “el lugar” dónde piensan que sus intereses serán mejor protegidos. La Carta europea sobre las lenguas minoritarias constituye un excelente ejemplo, donde diversas comunidades minoritarias han puesto mucha energía para promover su ratificación en el ámbito europeo, es decir a escala supranacional. Diferentes actores locales han percibido las ventajas específicas que puede incluir un documento de este tipo (Jáuregui Bereciartu, 1994, capítulo 8). La ratificación de un número creciente de cartas y de tratados internacionales ha ignorado en los hechos la relación, no solamente privilegiada, sino casi única, que mantenía el Estado con su comunidad nacional. Se ve cómo ciertos grupos pueden, ahora, organizarse para entrar en relación y hacer valer sus derechos, haciendo abstracción del Estado-nación. El sistema-mundo contemporáneo funciona sobre una base de sociedades en redes, también al nivel del derecho (Castells, 1997), lo que afecta la definición clásica de los derechos nacionales.

Un tiempo mundial

El tiempo mundial constituye el segundo elemento que refuerza la idea-concepto de un nuevo imaginario. Para mejor comprender cómo se desarrolló éste, me referiré a los escritos de Arjun Appadurai (1996). Este teórico de la sociología global sostiene que nuestro mundo está reestructurado a través de cinco dimensiones que crean un nuevo panorama mundial. Sean el panorama étnico (*ethnoscapes*), el panorama tecnológico (*technoscapes*), el panorama financiero (*finanscapes*), el panorama mediático (media scapes) y, por último, el panorama ideológico (*ideoscapes*). La difusión y la expansión de esos cinco diferentes panoramas contribuyen al desarrollo de un conjunto-mundo más real que

nunca. Debemos examinar cada uno de esos panoramas.

El panorama étnico contribuye, de manera directa, a transformar el mundo en el cual vivimos, porque afecta las relaciones de los individuos con el otro en lo cotidiano. Están constituidos evidentemente por los flujos migratorios mundiales y los flujos de refugiados. Pero está también compuesto de turistas, de trabajadores extranjeros “temporales” y de estudiantes que van al extranjero a completar su educación. Todos esos grupos, observa Appadurai, están en alza constante y participan de la interpenetración de las sociedades.

El panorama tecnológico hace posible una nueva configuración global. Las tecnologías de alta velocidad permiten la abolición de las molestias de la geografía y constituyen una compresión del espacio. El retrato del panorama financiero es el más evidente. Se refiere a la constitución de zonas de libre comercio a través del mundo y de la libre circulación de las monedas, con el avance del neoliberalismo. Éste constituye el más avanzado de los panoramas, por eso representa una configuración relativamente coherente sobre la escena mundial.

El próximo panorama, el panorama mediático, tiene una doble consecuencia. En primer lugar, tiene la capacidad de una difusión mundial, sin precedente, a través de la televisión, del cine, de Internet y de las revistas de información y de entretenimiento. Además, esta realidad permite el establecimiento de un relato narrativo común al conjunto de la humanidad, de donde resulta el sentimiento de pertenencia a un mismo mundo. El hecho de reconocerse con referencias comunes y el sentimiento (particularmente con la televisión e Internet) de vivir en tiempo real con el resto del mundo, aumenta.

Por último, el panorama ideológico está ligado ineludiblemente al panorama mediático. Está implícito en la fabricación de imágenes que comportan un carácter político e ideológico. Conceptos como: los derechos humanos, la

representatividad, el libre mercado o el *master term* actual: la democracia, constituyen los conceptos claves de la época presente.

Appadurai recalca que esos panoramas, que vienen a formar el panorama mundial, no deben ser considerados como ligados unos a otros. No funcionan conjuntamente; cada uno tiene su propia lógica y su propio nivel de desarrollo. ¿Cuál podría ser el resultado de esta realidad? La creación de una agenda mundial, que refleje bien el advenimiento de ese tiempo mundial. Asistimos a la convergencia de las agendas nacionales a muchos niveles. La crisis de legitimación del Estado, la cuestión de las mujeres, la falta de reglamentaciones económicas y sociales, las cuestiones del medio ambiente, la emergencia de una sociedad civil, las interrogantes sobre la noción de proyecto colectivo, la lucha contra la corrupción, el respeto de los derechos humanos. Por todas partes, observa Zaki Laïdi, “las mismas actas, las mismas temáticas reivindicadoras y las mismas dificultades” (Laïdi, 1997: 299, traducción). *Urbi et orbi*, ese sentimiento de pertenencia a un mismo tiempo mundial, está reforzado por la difusión simuladas “de formas culturales comunes; que se trata de la World Music, de los grandes hoteles, de los aeropuertos, de los centros urbanos o de los servicios de información”. La conciencia de que una cierta unidad del destino de la humanidad progresa. En ese grande desencadenamiento global, el imaginario nacional, si no desaparece, se “periferisa” en beneficio de este nuevo imaginario que, constituido por las llamadas a la trascendencia y el establecimiento de un tiempo mundial, representa un elemento de debilitamiento de la nación.

Desarrollo de una sociedad-mundial

En concordancia con el establecimiento de un verdadero imaginario mundial, está el principio de la difusión de una

cultura mundial. Aquí dos enfoques serán excluidos del análisis de una cultura mundial en construcción. Son los enfoques de la donalización (o cocacolonización)³ y el enfoque “reaccionario”.⁴ El primer enfoque tiene un tono que utiliza más la polémica que la evaluación seria de la situación. Pretende que hay una homogeneización casi total con todo lo que se produce ahora. El segundo enfoque, con un tono apocalíptico, prevé una reacción identitaria al frente de las tendencias homogeneizadoras (imaginario mundial y cultura mundial). Un aumento de los nacionalismos, de la etnicidad, del racismo, del fanatismo, de los extremos y de los fundamentalismos sería la consecuencia de las transformaciones al nivel global.

Al nivel cultural, un gran número de especialistas sostiene que el globalismo y el localismo forman nuestras sociedades. El antropólogo Roland Robertson (1995) habla de “glocalización” (*glocalisation*).⁵ Él argumenta que los dos fenómenos son interdependientes. El local influye sobre el global y el global, a su vez, influye sobre el local. Desgraciadamente, más allá de esta enunciación, no se encuentra mucho más. Es decir, que muchos, como Robertson, describen lo que piensan verdaderamente ver, o sea la presencia de una dinámica global y una multitud de dinámicas locales, pero no añaden una explicación sobre el cómo y el porqué de esa realidad cultural.

La respuesta más plausible, sobre el cómo y el porqué del funcionamiento de las dinámicas culturales, fue demostrada por el sociólogo neerlandés Jan Nederveen Pieterse con su

3. Esos discursos están principalmente hechos por los grupos de presión y por los combatientes ante mundialistas como ATTAC (*Association pour une taxe sur les transactions financières pour l'Aide aux Citoyens*), véase <http://attac.org>.

4. El libro de Benjamin Barber, *Jihad vs Mc World*, Nueva York, Ballantine Books, 1996, constituye un buen ejemplo de simplificación. Podemos encontrar algunos elementos de este enfoque en el libro de Samuel Huntington, *The Clash of Civilisations*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996.

5. El concepto está formado por las palabras en inglés *globalisation* y *local*.

concepto de hibridación cultural (Pieterse 1995). Sostiene que esas fuerzas, globalismo y localismo (donde se encuentran las culturas nacionales), existen a la vez de manera independiente y interdependiente. De un lado, tienen cada una su propia lógica. Del otro, ejercen una influencia mutua una sobre otra. Esa doble realidad genera el desarrollo de un proceso de hibridaciones (process of hybridizations).

Las culturas nacionales y las grandes dinámicas culturales mundiales se mezclaron para dar nuevas culturas híbridas.⁶ Esta hibridación, constituida de un cruzamiento de diferentes niveles culturales, será múltiple. No se habla aquí de una sola hibridación, sino de varios procesos de hibridación. Por ejemplo, en un lugar específico, en Rusia, existe un proceso cultural de hibridación singular, donde se encontrará una mixtura en la identidad local. Los individuos han integrado a la vez la cultura rusa y la cultura mundial. En Japón hay un proceso diferente de hibridación. Es decir que la población, en su conjunto, conservará la cultura japonesa, que es la suya, al mismo tiempo que integra, en parte, la cultura mundial. Pues, esa cultura mundial está presente, pero integra varios procesos de hibridación. Además, la influencia de la cultura mundial puede diferir de un proceso a otro.

Dos elementos deben ser añadidos al análisis. El de las influencias regionales y el de la mutación de la cultura mundial. Es importante señalar que los diferentes procesos de hibridación, que afectan las sociedades contemporáneas, no están constituidos de un simple cruzamiento entre una cultura nacional y una cultura-mundo. Es un poco más complejo. Las culturas locales (aquí no se entiende nacionales) deben ser tomadas a cuenta. Además, ciertas culturas nacionales son de tipo regional. Ejercitan su influencia más allá de sus fronteras. No se trata aquí de la cultura

6. Por razones de comodidad, continuaré utilizando la expresión "cultura nacional", puesto que las culturas nacionales contemporáneas están incluyendo elementos de la cultura-mundo.

estadounidense, que puede ser ligada directamente, en nuestra época, con la cultura mundial. Se trata, antes bien, de algunas culturas nacionales que tienen una influencia regional importante. El ejemplo de la cultura indiana en el subcontinente indiano, el impacto cultural de China en los países del Sudeste asiático y de las Coreas, el de Rusia en Bielorrusia, Ucrania y los países bálticos, o también, de Francia sobre la África francófona. Total, entre una cultura nacional particular y la cultura mundial existen muchas veces otros elementos, además de las culturas locales debajo de la cultura nacional.

El otro elemento que debe ser añadido, es el aspecto de la mutación de la cultura mundial. Una cultura no es una realidad cuajada, evoluciona y se transforma con el tiempo. La cultura mundial conoce, a través de la historia, cambios en sus fuentes de influencia. Sin dedicarnos a un resumen exhaustivo de los elementos que constituyen la cultura mundial actual, no es muy difícil de sostener que está esencialmente influida, desde la Segunda Guerra mundial, por la cultura estadounidense. El cine, la televisión, la música están marcados por el predominio “americano” (Barker, 1997; Nordenstreng y Schiller, 1993; Lent y Sussman, 1991). Pero, si adoptamos un ángulo de análisis macro-histórico, la *longue durée* de Fernand Braudel se percibe que esa cultura mundial fue dominada por Europa durante los siglos XVIII y XIX. El siglo XX habrá sido el de Estados Unidos. El siglo XIX podría ser, como lo propone Jonathan Friedman, con China e India, el siglo de Asia.⁷ Una cultura está constantemente siendo labrada por variadas influencias que dominan su época.

Después de haber analizado los modos del funcionamiento de los diversos procesos culturales, paramos más particu-

7. El autor sostiene que la mundialización actual constituye un periodo de decadencia de la hegemonía del conjunto occidental en beneficio de la formación de una poderosa zona del Lejano Oriente (Friedman, 1998).

larmente en la cultura mundial. Si los diferentes procesos de hibridación dan lugar a una mezcla, eso no significa que cada ingrediente es incorporado de manera igual a la mezcla. A fin de poder identificar bien el espacio ocupado por esa cultura (la cultura mundial), es necesario efectuar una distinción entre dos tipos de aportaciones culturales que existen dentro de cada cultura. Las aportaciones de las culturas locales y nacionales pueden ser reagrupadas bajo el concepto de cultura-tradición, mientras que las aportaciones de la cultura mundial pueden ser reagrupadas bajo el concepto de cultura-industria (Warnier, 1999). En la primera se encuentran el idioma, la religión, la memoria nacional, los lugares de identificaciones locales. Mientras que en la segunda se encuentran importantes medios de difusión que emplean técnicas de reproducción. Este tipo de cultura está claramente asociado al mercado y a la industria, de ahí el nombre de “industrias culturales”.

No se necesita ver una estricta separación entre estas dos formas culturales. Delante de esta industrialización de la cultura, ciertas culturas-tradición intentan integrar esa ola de industrialización. Como lo explica Warnier, la cultura-industria no es nada más que una cultura-tradición, entre otras, pero dotada, por la industria, de un poder de difusión considerable. Este privilegio ha sido reservado, por supuesto, a las naciones ricas y populosas. En este grupo, Estados Unidos de América representa, en nuestra época, la cultura-industria preponderante que da forma, modela y amolda a la cultura mundial.

Esta cultura mundial, que aparece con las características de las industrias culturales, conoce una vitalidad sin precedente. La llegada de los sistemas de comunicaciones y las nuevas tecnologías, le otorga medios de difusión incomparable. El cine “americano” es el más importante (Valladao, 1991; Tomlinson, 1993). Su posición va hasta amenazar la supervivencia de muchos cines nacionales

(Sánchez Ruiz, 1998). A la hora de la televisión por cable y por satélite, la televisión “americana” es la que tiene más presencia en todo el mundo. Un poderoso factor de atracción hacía que los programas estadounidenses fueran difundidos en las cadenas nacionales de muchos países. Ahora, existen cadenas totalmente dedicadas, o casi, a la difusión, a través del mundo, de una programación televisiva hecha en Hollywood.⁸ El mismo fenómeno ocurre con la música. A pesar del hecho que se nos presenta ese producto cultural como World music,⁹ esta música es de origen “americano” o ha pasado por un proceso de edulcoración nacional, para integrar los códigos americanizados de la *pop culture*, es decir de la cultura-industria (Laborde, 1997). Más allá de los elementos más fácilmente identificables, como la importancia del cine o de la televisión estadounidense, se trata una transformación de las normas y valores de una sociedad que se cumple. Como lo observa, de manera notable, la filósofa española Victoria Camps:

El caso es que los habitantes de las sociedades llamadas plurales y avanzadas se parecen mucho entre sí. El exotismo y la rareza han desaparecido del mundo contemporáneo, que ha entrado de lleno en la modernización. Sólo la naturaleza —lo poco que nos queda de entorno natural— tiene rasgos singulares y específicos de cada geografía. Pero la cultura, es decir las formas de vestir, de comer, de divertirse son idénticas en todas partes. La dinámica del mercado y la fuerza de las telecomunicaciones lo igualan todo, incluso aquello que debería escapar más a las garras de los procesos mercantiles. Así, en política, el modelo que quiere imponerse es el *catch-all party*: aquel que busca el máximo de votos aun a costa de tener que ir soltando lastre ideológico. En literatura, un buen libro es el que consigue más

8. MTV, CNN, ESPN, TNT, FOX Chanel y Warner Television son buenos ejemplos de esta nueva realidad.

9. Dando a entender que representaría las diversas influencias musicales que conoce nuestro mundo.

ediciones en todo el mundo y en todas las lenguas. Aquello de que en la diversidad está el gusto pertenece a unos tiempos y costumbres que no son los nuestros (Camps, 1999: 32).

Los “no-lugares” (en francés, *les non lieux*) son otro excelente reflejo de esta difusión de la cultura mundial. Este concepto, elaborado por el antropólogo Marc Augé (1992), representa bien las tentativas de homogeneización que genera la cultura mundial. Las culturas locales y nacionales son el producto de los lugares. La cultura-industria, la fuente de la cultura mundial, produce varios no-lugares. Un lugar es construido a partir de la memoria nacional, regional o personal. Se trata de un espacio que, como lo explica Augé, “puede definirse como identitario, relacional e histórico” (Augé, 1992: 100, traducción). En un espacio (temporal o espacial) que, a través de su existencia, reviste un significado particular. Al contrario, un no lugar es “un espacio que no puede definirse ni como identitario, ni como relacional, ni como histórico” (Augé, 1992: 100, traducción). Se trata de un espacio que al nivel social, cultural y político no se reviste de significación específica. Nuestro mundo contemporáneo está invadido por esos no-lugares. Augé califica el espacio del viajero como el arquetipo del no-lugar. En efecto, las grandes líneas aéreas, los grandes hoteles de lujo, las estaciones balnearias, las estaciones de esquí y los aeropuertos, para dar esos ejemplos solamente, son representativos de esos *non-lieux*, espacios anónimos e intercambiables. Esta realidad contemporánea del no lugar puede ser extendida a otros campos. Los espacios de la circulación: las autopistas, las estaciones de autocares y los puertos; ciertos espacios de comunicación: la televisión comercial estandarizada, las redes por cable son representativas del aumento de los *non-lieux* del mundo moderno. Los grandes almacenes y ahora el comercio electrónico, acentúan la difusión de éstos en nuestras sociedades contemporáneas. Internet puede ser conside-

rada probablemente como la nueva *non-lieux* más importante de los últimos años. Es este carácter de intercambiable que confiere, a todos estos espacios, el aspecto de no-lugar.

Esta sociedad-mundo en formación está ya dotada de cimientos identificables. Un imaginario mundial que cada día se hace más presente. Nuevos problemas y nuevas cuestiones con los cuales se debe componer un auditorio global. Desde la cuestión de los derechos humanos hasta los problemas del recalentamiento del planeta, estas nuevas realidades transforman y afectan el imaginario colectivo. A los cuadros locales y nacionales (además de otros cuadros como el cuadro religioso o familiar), un cuadro mundial se añade. Éste interpela principalmente al cuadro nacional. La cultura mundial, el otro gran asiento de esta sociedad-mundo en gestación, tiene una poderosa difusión con la cultura-industria. Por todas partes, varios procesos de hibridaciones están en obra. Desde los *non-lieux* hasta los nuevos panoramas de nuestro tiempo, somos testigos de esta propagación.

Conclusión

El objetivo era de demostrar que, por encima de la realidad nacional, existe algo más que solamente una realidad internacional. Una verdadera sociedad-mundo aparece. A pesar de todo, se encuentran todavía muchas resistencias sobre este tema. Ignorar esta realidad, en desarrollo creciente, sería un error. Muchos expertos en las ciencias sociales tienen muchas reservas frente a este tema. Prefieren insistir sobre el hecho de que la realidad nacional es siempre un cuadro político ineludible. Pero es importante señalar que los dos cuadros, el nacional y el mundial, no son antítesis uno del otro. Insistir sobre el hecho de que hay una reestructuración al nivel mundial que corresponde al nacimiento de una sociedad-mundo no significa negar la posición siempre central, por el momento, del cuadro nacio-

nal. Las sociedades humanas han siempre conocido más que un cuadro identitario y político al mismo tiempo. Cuadros locales y regionales existían antes del cuadro nacional. La adición de un cuadro mundial no significa el fin de los otros cuadros, sino la disminución relativa de su importancia. Como hemos visto, el cuadro nacional sufre una debilitación nada despreciable. Eso no significa su desaparición total de la realidad nacional. Lo esencial es destacar que somos los testigos de la aparición de un nuevo cuadro, de una nueva realidad y de una transformación profunda. Para estudiarla se necesita de nuevos paradigmas. Una necesidad de interrogación epistemológica de nuestras maneras de aprehender el mundo y sus transformaciones es, ahora, indispensable.

Bibliografía

- Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflexions on the Origin and the Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1983.
En español: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, FCE, 1993.
- Appadurai, Arjun, *Modernity at Large: Cultural Dimensions of Globalization*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.
- Augé, Marc, *Non-lieux: Introduction à une Anthropologie de la Surmodernité*, París, Seuil, 1992.
- Barber, Benjamin, *Jihad vs. Mc World: How the Planet is Both Falling Apart and Coming Together, and What this Means for Democracy*, Nueva York, Ballantine Books, 1996.
- Barker, Chris, *Global Television*, Oxford, Blackwell, 1997.
- Bruelle, Robert, J., "Environmental Discourse and Social Movement Organizations: a Historical and Rhetorical Perspective on the Development of us and International Environmental Organizations", en *Sociological Inquiry*, vol. 66, núm. 1, 1996.

- Camps, Victoria, "Las identidades nacionales", en *Claves de razón práctica*, núm. 91, 1999.
- Castells, Manuel, *The Rise of Network Society*, Londres, Blackwell, 1997.
- Cordellier, Serge (coord.), *La Mondialisation au-delà des Mythes*, París, La Découverte, 2000.
- Dieckhoff, Alain, *La Nation dans Tous ses États: des Identités Nationales en Mouvement*, París, Flammarion, 2000.
- Featherstone, Mike y Lash, Scott, *Spaces of Cultures*, Londres, Sage, 1999.
- Friedman, Jonathan, "Transnationalism, Socio-political Disorder, and Ethnification as Expressions of Declining Global Hegemony", en *International Political Science Review*, vol. 19, núm. 3, 1998.
- Held, David, *Models of Democracy*, Cambridge, Polity Press, 1996.
- Held, David, *Democracy and the Global Order, from the Modern State to cosmopolitan Governance*, Cambridge, Polity Press, 1996.
- Huntington, Samuel, *The Clash of Civilisations and the Remaking of World Power*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996.
- Kymlicka, Will, *Citizenship in Diverse Societies*, Nueva York, Oxford University Press, 2000.
- Laborde, Denis, "Les sirènes de la World Music", en *Les Cahiers de Médiologie*, núm. 1, 1997.
- Laïdi, Zaki (coord.), *Le Temps Mondial*, Bruxelles, Complexe, 1997.
- Lemieux, Sébastien, "La Justice Française Embarrassée par l'Affaire Yahoo!", en *Le Monde*, 13 de agosto, 2000.
- Lent, J. y Sussman, G., *Transnational Communications, Wiring the Third World*, Londres, Sage, 1991.
- Lessard, Jean-François, "La Modernité Politique", en *Revue Canadienne de Science Politique-Canadian Review of Political Science*, vol. 33, núm. 2, 2001.

- Nordenstreng, K. y Schiller, H. (coord.), *Beyond National Sovereignty, International Communications in the 1990's*, Norwood, Ablex, 1993.
- Noualhat, Laure, "La Justice Pédale dans le Yahoo!", en *Libération*, 12 de agosto, 2000.
- Nuhoglu Soysal, Yasemin, *Limits of Citizenship, Immigrants and Post-national Membership in Europe*, Chicago, University of Chicago Press, 1994.
- Pieterse, Jan Nederveen, "Globalization as Hybridization" in Roland Robertson y Scott Lash (coord.), *Global Modernities*, Londres, Sage, 1995.
- Robertson, Roland, "Glocalization, Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity", en Featherstone, Mike, Lash, Scott y Robertson, Roland (coord.), *Global Modernities*, Londres, Sage, 1995.
- Sánchez Ruiz, Enrique, "Cinema y globalización en México", en *Comunicación y Sociedad*, núm. 33, 1998.
- Taylor, Charles, "Quel Principe d'Identité Collective?", en Jacques Lenoble y Nicole Dewandre (coord.), *L'Europe au soir du siècle*, París, Esprit, 1992.
- Tomlinson, John, *Cultural Imperialism*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1991.
- Valladao, Alfredo, *Le XXI Siècle Sera Américain*, París, La Découverte, 1993.
- Warnier, Jean-Pierre, *La Mondialisation de la Culture*, París, La Découverte, 1999.
- Wieviorka, Michel (coord.), *Une Société Fragmentée? Le Multiculturalisme en Débat*, París, La Découverte, 1996.